

La enfermedad

J. C. Ryle



bēmaños

POR FE Y PARA FE

LA ENFERMEDAD

de J.C. Ryle

Por fe y para fe

LA ENFERMEDAD

Título original en inglés: «Sickness».

Tomado de: www.tracts.ukgo.com

Por fe y para fe (Editorial)

Persistiendo en la Verdad aprendida en la Escritura

www.porfeyparafe.wordpress.com | porfeyparafe@gmail.com

©Ánderson Cardona Bonilla, por la traducción y edición.

Revisión: Manuela Zapata Gutiérrez.

Imagen usada en la portada por: ©Rafa Puerta

www.flickr.com/photos/lovehate

Las citas bíblicas han sido tomadas de dos versiones principalmente, excepto cuando se indica otra. Respecto del Antiguo Testamento, hemos usado La Biblia de las Américas (LBLA) © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. En lo tocante al Nuevo Testamento, hemos utilizado la Reina-Valera SBT (RV-SBT) © 2015 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Primera edición, Colombia, 2020.

Este material puede ser usado, reproducido y distribuido, sin autorización distinta a esta, para la edificación del Cuerpo de Cristo y la salvación de los perdidos, desde que no sea alterado su contenido en parte o en su totalidad, y siempre y cuando se mencione, en respeto cristiano al trabajo del otro consagrado en la Escritura (Éx. 20:15; Ro. 2:21; 13:7; 1 Ts. 4:6), su procedencia.

Prohibimos totalmente su venta.





LA ENFERMEDAD

J. C. RYLE



La enfermedad¹

“He aquí, el que amas está enfermo”.

— Juan 11:3

EL CAPÍTULO del cual este texto es tomado es bien conocido por todos los lectores de la Biblia. En descripción realista, en interés conmovedor, en sublime simplicidad, no existe ningún escrito que pueda compararse con este capítulo. Una historia como esta es, en mi opinión, una de las grandes pruebas de la inspiración de la Escritura. Cuando leo la historia de Betania, siento «aquí hay algo que el impío no puede explicar; esto no es otra cosa, sino el dedo de Dios».

Las palabras sobre las que me detengo de manera especial en este capítulo son singularmente conmovedoras e instructivas. Estas registran el mensaje que Marta y María enviaron a Jesús cuando su hermano

¹ (Nota del Traductor, N. del T.) Este sermón hace parte del libro *Religión Práctica: sermones sencillos sobre los deberes, experiencias, peligros y privilegios diarios de los cristianos profesantes*.

Lázaro estaba enfermo: “Señor, he aquí, el que amas está enfermo”. Ese mensaje fue corto y sencillo. Sin embargo, casi todas las palabras son profundamente sugestivas.

Note la fe infantil de estas santas mujeres. Se volvieron al Señor Jesús en su hora de necesidad, como el niño asustado se vuelve a su madre, o la aguja de la brújula se dirige hacia el Polo; se volvieron a Él como su Pastor, su Amigo todopoderoso, su Hermano nacido para el tiempo de angustia. A diferencia de su carácter natural, las dos hermanas estaban totalmente de acuerdo en este asunto. La ayuda de Cristo fue su primer pensamiento en el día de la angustia; Cristo fue el refugio al que huyeron en la hora de la necesidad. ¡Bienaventurados todos los que hacen lo mismo!

Note la sencilla humildad de su lenguaje acerca de Lázaro. Ellas lo llaman “el que amas”. No dicen «el que te ama, cree en ti, te sirve», sino “el que amas”. Marta y María fueron profundamente enseñadas por Dios. Habían aprendido que el amor de Cristo hacia nosotros, y no nuestro amor hacia Cristo, es la verdadera base de la expectativa y el certero fundamento de la esperanza. ¡Bienaventurados, nuevamente, todos los que son enseñados de la misma manera! Examinar hacia dentro nuestro amor a Cristo es dolorosamente insatisfactorio: observar hacia afuera el amor de Cristo hacia nosotros es paz.

Note, finalmente, la conmovedora circunstancia que revela el mensaje de Marta y María: “el que amas está enfermo”. Lázaro era un buen hombre, convertido, creyente, renovado, santificado, un amigo de Cristo, y un heredero de la gloria. ¡Y, a pesar de ello, Lázaro estaba enfermo! Así que la enfermedad no es señal de que Dios esté disgustado. La enfermedad tiene como propósito ser una bendición para nosotros, y no una maldición. “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, *esto es*², a los que conforme a *Su* propósito son llamados”; “Sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (Romanos 8:28; 1 Corintios 3:22-23). ¡Bienaventurados, lo digo de nuevo, aquellos que han aprendido esto! Son felices quienes pueden decir, cuando están enfermos «esto es obra de mi Padre; debe ser bueno».

Solicito la atención de mis lectores al tema de la enfermedad. Es un asunto que debemos mirar a la cara frecuentemente. No podemos evitarlo. No se necesita el ojo de un profeta para ver a la enfermedad llegando a

² (N. del T.) La letra cursiva de algunas palabras se encuentra en las versiones bíblicas que estamos utilizando. Esta es una característica del conjunto de las traducciones bíblicas de la Reforma, las cuales utilizan el método de equivalencia formal en la traducción por tener la convicción de que la Biblia procede de una inspiración verbal y plenaria. En pocas palabras, al traducir literalmente de los idiomas bíblicos originales, hay construcciones del lenguaje que necesitan el añadido de algunas palabras para poder ser expresadas entendible y correctamente en español. La letra cursiva se usa, entonces, para indicar que se han añadido ciertas palabras en español para suplir o completar un significado que no se encuentra formalmente en el idioma original, aunque sí de manera implícita (más información en: <https://www.reinavalera.online>).

cada uno de nosotros algún día. «En medio de la vida estamos en la muerte³». Vamos a considerar por un momento la enfermedad como cristianos. La consideración no acelerará su llegada, y por la bendición de Dios puede enseñarnos sabiduría.

Al meditar en el tema de la enfermedad, tres puntos exigen mi atención. Sobre cada uno diré algunas palabras.

- I. La *prevalencia universal* de la enfermedad y el dolor.
- II. Los *beneficios generales* que la enfermedad confiere a la humanidad.
- III. Los *deberes especiales* a los que nos llama la enfermedad.

I. La *prevalencia universal de la enfermedad*

³ (N. del T.) Este es el comienzo del poema latino *Media vita in morte sumus*, el cual fue posteriormente incluido en el *Libro de Oración Común* de la Iglesia Anglicana. Es un corto poema que reza así:

“En medio de la vida estamos en la muerte,
¿a quién buscaremos para que nos socorra,
sino a Ti, oh Señor,
quién por nuestros pecados
justamente estás disgustado?

Sin embargo, oh Señor Dios santísimo,
oh todopoderoso Señor,
oh santo y misericordioso Salvador,
no nos entregues a las amargas penas de la muerte eternal”.

No necesito detenerme mucho en este punto. Elaborar la prueba de ello sólo sería multiplicar perogrulladas, y amontonar lugares comunes que todos admitimos.

La enfermedad está en todas partes. En Europa, en Asia, en África, en América; en países cálidos y fríos; en naciones civilizadas y en tribus salvajes; hombres, mujeres y niños enferman y mueren.

La enfermedad está entre todas las clases. La gracia no eleva a un creyente fuera del alcance de ella. Las riquezas no comprarán alguna exención de ella. El rango no puede evitar sus ataques. Los reyes y sus súbditos, amos y sirvientes, hombres ricos y pobres, los instruidos y los no educados, maestros y estudiantes, médicos y pacientes, ministros y oyentes, todos se enfrentan ante este gran enemigo. “La fortuna del rico es su ciudad fortificada” (Proverbios 18:11). La casa del inglés es llamada su castillo; pero no hay puertas ni rejas que puedan evitar enfermedades y muertes.

La enfermedad es de todo tipo y condición. Desde la coronilla de nuestra cabeza hasta la planta de nuestro pie estamos sujetos a enfermedades. Nuestra capacidad de sufrimiento es algo temible de contemplar. ¿Quién puede contar las dolencias por las cuales nuestro cuerpo puede ser afligido? ¿Quién alguna vez visitó un museo de anatomía mórbida sin estremecerse? «Es extraño que un

arpa de mil cuerdas se mantenga afinada tanto tiempo⁴». No es sorprendente, en mi opinión, que los hombres mueran tan pronto, como sí el que vivan mucho tiempo.

La enfermedad es a menudo una de las pruebas más humillantes y angustiantes con las que se puede encontrar el hombre. Puede convertir al más fuerte en un niño pequeño, y hacerlo sentir que incluso una langosta es una carga (Eclesiastés 12:5); puede poner nervioso al más audaz, y hacerlo temblar al caer un alfiler. “Asombrosa y maravillosamente [hemos] sido [hechos]” (Salmos 139:14). La conexión entre el cuerpo y la mente es curiosamente cercana. La influencia que algunas enfermedades pueden ejercer sobre el humor y el espíritu es inmensamente grande. Hay enfermedades cerebrales, hepáticas y nerviosas que pueden hacer que una mente como la de Salomón pase a un estado un poco mejor que el de un bebé. El que quiera saber a qué profundidades de humillación puede caer un pobre hombre, sólo tiene que asistir por un corto tiempo a los lechos de los enfermos.

La enfermedad no se puede prevenir con nada que el hombre pueda hacer. La duración promedio de la vida puede, indudablemente, ser alargada algún tanto. La habilidad de los médicos puede descubrir continuamente nuevos remedios, y efectuar curas

⁴ (N. del T.) Esta es una fracción del himno *Let others boast how strong they be* (“Que otros se jacten de lo fuerte que sean”), escrito por Isaac Watts.

sorprendentes. La aplicación de normas sanitarias sabias puede reducir en gran medida la tasa de mortalidad en un país. Pero, después de todo, ya sea en localidades sanas o insalubres, ya sea en climas templados o fríos, ya sea que se trate con la homeopatía o la alopatía⁵, los hombres enfermarán y morirán. “Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y en caso de mayor vigor, a ochenta años. Con todo, su orgullo es solo trabajo y pesar, porque pronto pasa, y volamos” (Salmos 90:10). Este testimonio es, en efecto, verdadero. Fue verdadero hace 3300 años⁶, y sigue siendo cierto.

Ahora, ¿qué podemos hacer con esta importante realidad: la prevalencia universal de la enfermedad? ¿Cómo la explicaremos? ¿Qué explicación podemos dar? ¿Qué respuesta les daremos a nuestros curiosos hijos cuando nos pregunten: «Padre, ¿por qué la gente se enferma y muere?»? Estas son preguntas serias. Unas pocas palabras sobre ellas no estarán fuera de lugar.

¿Podemos suponer por un momento que Dios creó la enfermedad y el dolor en el principio? ¿Podemos imaginar que Aquel que formó nuestro mundo en un orden tan perfecto fue el Creador de sufrimiento y dolor innecesarios? ¿Podemos pensar que Aquel que hizo todas las cosas “buenas en gran manera”, hizo que la raza

⁵ [N. del. T.] La homeopatía y la alopatía son métodos curativos de algunas enfermedades.

⁶ [N. del T.] Han pasado 137 años desde que Ryle dijo estas palabras (en 1883).

de Adán enfermara y muriera? La idea es, en mi opinión, repugnante. Introduce una gran imperfección en medio de las obras perfectas de Dios. Debo encontrar otra solución que satisfaga mi mente.

La única explicación que me satisface es la que provee la Biblia. Algo ha venido al mundo que ha destronado al hombre de su posición original, y lo ha despojado de sus privilegios originales. Algo ha entrado que, como un puñado de gravilla arrojado en medio de la maquinaria, ha estropeado el perfecto orden de la creación de Dios. ¿Y qué es ese algo? Respondo, en una palabra: el pecado. “El pecado entró en el mundo..., y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12). El pecado es la causa de todas las enfermedades, dolores, sufrimientos y padecimientos que prevalecen en la tierra. Todos son parte de esa maldición que vino al mundo cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido y cayeron. No habría habido enfermedad, si no hubiera habido caída; no habría habido dolencia, si no hubiera habido pecado.

Me detengo por un momento en este punto y, sin embargo, al hacer una pausa, no me alejo de mi tema. Me detengo para recordarle a mis lectores que no hay una posición tan insostenible como la que ocupan los ateos, los deístas o los incrédulos en la Biblia. Aconsejo a todos los jóvenes lectores de este documento, que están desconcertados por los argumentos atrevidos y engañosos del impío, que estudien bien el tema más

importante: las *Dificultades de la Impiedad*. Afirmo audazmente que se necesita mucha más credulidad para ser un impío que para ser un cristiano; afirmo audazmente que hay grandes, amplios y patentes hechos en la condición de la humanidad, que nada más que la Biblia pueden explicar, y que uno de estos hechos más notables es la prevalencia universal del sufrimiento, la enfermedad y el dolor. En resumen, una de las dificultades más poderosas en el camino de los ateos y deístas es el cuerpo del hombre.

Sin duda alguna usted ha oído hablar de los ateos. Un ateo es aquel que profesa creer que no hay Dios, ni Creador, ni Primera Causa, y que todas las cosas se unieron en este mundo por mera casualidad. Ahora, ¿escucharemos una doctrina como esta? Vamos, lleve a un ateo a una de las excelentes escuelas quirúrgicas de nuestra tierra, y pídale que estudie la maravillosa estructura del cuerpo humano. Muéstrole la habilidad incomparable con la que se han formado todas las articulaciones, y venas, y válvulas, y músculos, y tendones, y nervios, y huesos, y extremidades. Muéstrole la perfecta adaptación de cada parte del cuerpo humano al propósito para el cual sirve. Muéstrole los mil artilugios delicados para atender el desgaste, y suplir la pérdida diaria de vigor. Y luego pregúntele a este hombre, que niega la existencia de un Dios, y una gran Primera Causa, si todo este maravilloso mecanismo es el resultado del azar. Pregúntele si al principio se unió por

suerte y por accidente. Pregúntele si piensa de esta manera sobre el reloj que mira, el pan que come o el abrigo que usa. ¡Oh no! El diseño es una dificultad insuperable en el camino del ateo. *Hay un Dios.*

Sin duda alguna usted oído hablar de los deístas. Un deísta es alguien que profesa creer que hay un Dios, el cual hizo el mundo y todas las cosas que hay en él. Pero él no cree en la Biblia. «¡Un Dios, pero no la Biblia! ¡Un Creador, pero no el cristianismo!». Este es el credo de los deístas. Ahora, ¿escucharemos esta doctrina? Le invito a ir de nuevo y llevar a un deísta a un hospital, y mostrarle algo de la horrible obra de la enfermedad. Llévelo a la cama donde yace un tierno niño, que escasamente diferencia el bien del mal, con un cáncer incurable. Envíelo a la sala donde hay una madre amorosa de una familia numerosa en la última etapa de una enfermedad insoportable. Muéstrelle algunos de los dolores y agonías de los cuales la carne es heredera, y pídale que los explique. Pregúntele, pregúntele a este hombre, que cree que hay un Dios grande y sabio que hizo el mundo, pero que no puede creer en la Biblia, cómo él da cuenta de estos rastros de desorden e imperfección en la creación de su Dios. Pregúntele, pregúntele a este hombre, que se burla de la teología cristiana y es demasiado sabio para creer en la caída de Adán, sobre su teoría para explicar la prevalencia universal del dolor y la enfermedad en el mundo. ¡Usted preguntará en vano! No obtendrá una respuesta satisfactoria. La enfermedad y el sufrimiento

son dificultades insuperables en el camino de los deístas. *El hombre ha pecado, y por lo tanto el hombre sufre.* Adán cayó de su primer estado y, por lo tanto, los hijos de Adán enferman y mueren.

La prevalencia universal de la enfermedad es una de las evidencias indirectas de que la Biblia es verdadera. La Biblia lo explica. La Biblia responde las preguntas sobre esto, las cuales surgirán en cada mente inquisitiva. Ningún otro sistema de religión puede hacer esto. Todos fallan aquí. Están en silencio. Están confundidos. Únicamente la Biblia mira el tema a la cara. Ella proclama audazmente el hecho de que el hombre es una criatura caída, y con igual audacia proclama un vasto sistema de recuperación para satisfacer sus necesidades. Me siento llevado a concluir que la Biblia es de Dios. El cristianismo es una revelación del cielo. “Tu Palabra es verdad” (Juan 17:17).

Mantengámonos firmes en el viejo fundamento, que la Biblia, y sólo la Biblia, es la revelación de Dios de Sí mismo al hombre. No se mueva por los muchos nuevos asaltos que el escepticismo moderno está haciendo sobre el Volumen inspirado. No preste atención a las preguntas difíciles que a los enemigos de la fe les gusta plantear sobre las dificultades de la Biblia, y a las que quizás a menudo usted se sienta incapaz de dar una respuesta. Ancle su alma firmemente en este seguro principio: que todo el Libro es la verdad de Dios. Dígales

a los enemigos de la Biblia que, a pesar de todos sus argumentos, no hay ningún libro en el mundo que pueda compararse con la Biblia, ninguno que satisfaga tan completamente los deseos del hombre, ninguno que explique de tal manera el estado de la humanidad. En cuanto a las cosas difíciles de la Biblia, dígales que está contento en esperar. Usted encuentra suficiente verdad en el Libro para satisfacer su conciencia y salvar su alma. Las cosas difíciles se aclararán algún día. Lo que no sabe ahora, lo sabrá más adelante.

II. El segundo punto que propongo considerar son los beneficios generales que la enfermedad confiere a la humanidad

Uso esa palabra ‘beneficios’ deliberadamente. Siento que es de profunda importancia ver claramente esta parte de nuestro tema. Sé bien que la enfermedad es uno de los supuestos puntos débiles en el gobierno mundial de Dios, en el que las mentes escépticas aman detenerse. «¿Puede Dios ser un Dios de amor, cuando permite el dolor? ¿Puede Dios ser un Dios de misericordia, cuando permite la enfermedad? Él podría prevenir el dolor y la enfermedad, pero no lo hace. ¿Cómo pueden ser estas cosas?». Tal es el razonamiento que a menudo se atraviesa en el corazón del hombre.

Respondo a todos estos razonadores, que sus dudas y preguntas son muy poco razonables. Ellos podrían hacernos dudar de la existencia de un Creador, porque el orden del universo es perturbado por terremotos, huracanes y tormentas; también nos podrían hacer dudar de la providencia de Dios, debido a las horribles masacres de Delhi y Cawnpore.⁷ Todo esto sería tan razonable como dudar de la misericordia de Dios, debido a la presencia de enfermedad en el mundo.

Les pido a todos los que les resulta difícil conciliar la prevalencia de la enfermedad y el dolor con el amor de Dios que pongan sus ojos en el mundo que los rodea y noten lo que está sucediendo. Les pido a los tales que observen la medida en que los hombres se someten constantemente a la pérdida actual por el beneficio futuro, a la tristeza presente por el beneficio de la alegría futura, al dolor presente por el beneficio de la salud futura. La semilla se lanza al suelo y se descompone: pero sembramos con la esperanza de una futura cosecha. El niño es enviado a la escuela en medio de muchas lágrimas: pero lo enviamos con la esperanza de que obtenga sabiduría futura. El padre de una familia se somete a una operación quirúrgica pavorosa: pero lo soporta con la esperanza de una salud futura. Pido a los hombres que apliquen este gran principio al gobierno de

⁷ (N. del T.) Hace referencia a la Rebelión de la India ocurrida entre 1857 y 1858, caracterizada por brutales matanzas tanto de civiles como de combatientes tanto en las calles como en las casas, en medio de la respuesta británica al motín de los soldados indios.

Dios sobre el mundo. Les pido que crean que Dios permite el dolor, la enfermedad y la afección, no porque ame afligir al hombre, sino porque desea beneficiar el corazón, la mente, la conciencia y el alma del hombre, por toda la eternidad.

Una vez más, repito que hablo de los ‘beneficios’ de la enfermedad a propósito y de manera deliberada. Sé el sufrimiento y el dolor que conlleva la enfermedad. Admito la miseria y la desdicha que a menudo trae consigo. Pero no puedo considerarla como un mal totalmente. Veo en esto un sabio permiso de Dios; veo en ella una útil provisión para controlar los estragos del pecado y el demonio entre las almas de los hombres. Si el hombre nunca hubiera pecado, yo debería haber estado perdido para discernir el beneficio de la enfermedad. Pero ya que el pecado está en el mundo, puedo ver que la enfermedad es beneficiosa. Es una bendición tanto como una maldición; es un duro maestro de escuela, lo reconozco, pero es un verdadero amigo para el alma del hombre.

(a) La enfermedad *ayuda a que los hombres recuerden la muerte*. La mayoría vive como si nunca fuera a morir. Siguen los negocios, o el placer, o la política, o la ciencia, como si la tierra fuera su hogar eterno. Planean y proyectan para el futuro, como el rico insensato de la parábola, como si tuvieran una larga vida y no fueran inquilinos que pueden ser desalojados en

cualquier momento. Una enfermedad grave a veces llega lejos para disipar estos delirios. Despierta a los hombres de sus sueños despiertos y les recuerda que tienen que morir tanto como vivir. Ahora bien, esto, lo digo enfáticamente, es un enorme bien.

(b) La enfermedad *ayuda a los hombres a pensar seriamente en Dios*, en sus almas y en el mundo por venir. La mayoría en sus días de salud no pueden encontrar tiempo para tales pensamientos: les disgustan, los desprecian, los consideran problemáticos y desagradables. Ahora, una enfermedad grave a veces tiene un poder maravilloso de reunir y manifestar estos pensamientos, y presentarlos ante los ojos del alma de un hombre. Incluso un malvado rey como Ben-adad, cuando estaba enfermo, podía pensar en Eliseo (2 Reyes 8:8). Incluso los marineros paganos, cuando la muerte estaba a la vista, tuvieron miedo y “cada uno clamaba a su dios” (Jonás 1:5). Ciertamente cualquier cosa que ayude a hacer que los hombres piensen es algo bueno.

(c) La enfermedad *ayuda a ablandar los corazones de los hombres* y les enseña sabiduría. El corazón natural es tan duro como una piedra. No puede ver algo bueno en nada que no sea de esta vida, y ninguna felicidad excepto en este mundo. Una enfermedad prolongada a veces ayuda a corregir estas ideas. Expone el vacío y la futilidad de lo que el mundo llama cosas ‘buenas’, y nos enseña a sostenerlas sin aferrarnos a ellas. El hombre de

negocios descubre que el dinero solo no es todo lo que el corazón requiere. La mujer del mundo descubre que la ropa costosa, la lectura de novelas y las noticias de bailes y óperas son consoladores miserables en una habitación de enfermos. Ciertamente cualquier cosa que nos obligue a alterar nuestros pesos y medidas de las cosas terrenales es un verdadero bien.

(d) La enfermedad nos ayuda a *nivelarnos y humillarnos*. Todos somos naturalmente orgullosos y arrogantes. Pocos, incluso los más pobres, están libres de esta infección. Se encuentran pocos que no desprecien a otra persona, y se halaguen en secreto a sí mismos diciéndose que «no son como otros hombres». El estar enfermo en cama es un poderoso domador de pensamientos como estos. Nos impone la poderosa verdad de que todos somos pobres gusanos, que “[habitamos] en casas de barro” y que somos “aplastados como la polilla” (Job 4:19), y que reyes y súbditos, amos y sirvientes, ricos y pobres, son todas criaturas moribundas, y pronto estarán de pie uno al lado del otro ante el estrado de Dios. Ante el ataúd y el sepulcro no es fácil ser orgulloso. Ciertamente cualquier cosa que enseñe esa lección es buena.

(e) Finalmente, la enfermedad ayuda a *probar la religión de los hombres*, de qué tipo es. No hay muchos en la tierra que no tengan religión alguna. Sin embargo, pocos tienen una religión que resista la inspección. La

mayoría está contenta con las tradiciones recibidas de sus padres, y no puede dar ninguna razón de la esperanza que hay en ellos. Entonces, a veces, la enfermedad es sumamente útil para un hombre al exponer la inutilidad absoluta del fundamento de su alma. A menudo le muestra que no tiene nada sólido debajo de sus pies, y nada estable debajo de su mano. Le hace descubrir que, aunque puede haber tenido una forma de religión, ha estado toda su vida adorando a “[un] Dios no conocido”. Muchos credos tienen un buen aspecto en las tranquilas aguas de la salud, los cuales resultan completamente defectuosos e inútiles en las ásperas olas del lecho de enfermedad. Las tormentas de invierno a menudo revelan los defectos en la vivienda de un hombre, y la enfermedad a menudo expone la falta de gracia del alma de un hombre. Ciertamente, toda cosa que nos hace descubrir el verdadero carácter de nuestra fe es beneficiosa.

No afirmo que la enfermedad confiera estos beneficios a todos a quienes llega. ¡Ay, no puedo decir algo así! Hay miríadas que son reducidas anualmente por las enfermedades y recuperan su salud, quienes evidentemente no aprenden ninguna lección de sus lechos de enfermedad, y vuelven nuevamente al mundo. Hay miríadas que pasan anualmente a través de la enfermedad a la tumba y, sin embargo, no reciben más impresión espiritual que las bestias que perecen. Mientras viven no sienten nada, y cuando mueren “no

hay dolores en su muerte” (Salmo 73:4). Es horrible decir estas cosas, pero son verdad. El grado de endurecimiento al que pueden llegar el corazón y la conciencia del hombre es una profundidad que no puedo pretender desentrañar.

Sin embargo, ¿la enfermedad confiere los beneficios de los que he estado hablando sólo en unos pocos? No permitiré que se afirme eso. Creo que en muchos casos la enfermedad produce impresiones más o menos parecidas a aquellas de las que acabo de hablar. Creo que en muchas mentes la enfermedad es el ‘día de visitación’ de Dios, y que los sentimientos se despiertan continuamente en el lecho de enfermedad de tal manera que, si mejora, podría, por la gracia de Dios, resultar en salvación. Creo que en las tierras paganas la enfermedad a menudo allana el camino para el misionero, y hace que el pobre idólatra preste un oído dispuesto a las buenas nuevas del Evangelio. Creo que en nuestra propia tierra la enfermedad es una de las mayores ayudas para el ministro del Evangelio, y que los sermones y consejos a menudo son llevados a casa en el día de la enfermedad mientras los hemos descuidado en el día de la salud. Creo que la enfermedad es uno de los instrumentos subordinados más importantes de Dios para salvar a los hombres, y que aunque los sentimientos que provoca a menudo son temporales, frecuentemente también es un medio por el cual el Espíritu obra eficazmente en el corazón. En resumen, creo firmemente que la

enfermedad de los cuerpos de los hombres a menudo ha conducido, en la maravillosa providencia de Dios, a la salvación de las almas de los hombres.

Dejo esta rama de mi tema aquí. No necesita más comentarios. Si la enfermedad puede hacer las cosas de las que he estado hablando (¿y quién lo negará?), si la enfermedad en un mundo malvado puede ayudar a hacer que los hombres piensen en Dios y en sus almas, entonces la enfermedad confiere beneficios a la humanidad.

No tenemos derecho a murmurar sobre la enfermedad ni a protestar por su presencia en el mundo. Más bien debemos agradecer a Dios por ella. Es el testigo de Dios. Es la consejera del alma. Es un despertador de la conciencia. Es un purificador para el corazón. Ciertamente tengo derecho a decirles que la enfermedad es una bendición y no una maldición, una ayuda y no un perjuicio, una ganancia y no una pérdida, un amigo y no un enemigo de la humanidad. Mientras tengamos un mundo en el que haya pecado, es una misericordia que sea un mundo en el que hay enfermedad.

III. El tercer y último punto que propongo considerar son los deberes especiales que la prevalencia de la enfermedad implica para cada uno de nosotros

Lamentaría dejar el asunto de la enfermedad sin decir algo sobre este punto. Considero que es de suma importancia no estar contento con las generalidades en la entrega del mensaje de Dios a las almas. Estoy ansioso por impresionar a cada uno en manos de quién puede caer este folleto sobre su propia responsabilidad personal en relación con el tema. Me gustaría que nadie dejara este escrito sin ser capaz de responder las preguntas: «¿Qué lección práctica he aprendido? En un mundo de enfermedades y muerte, ¿qué debo hacer?».

(a) Un deber primordial que la prevalencia de la enfermedad conlleva para el hombre es el de *vivir habitualmente preparado para encontrarse con Dios*. La enfermedad es un recordatorio de la muerte. La muerte es la puerta por la cual todos debemos pasar al Juicio. El Juicio es el momento en el que finalmente debemos ver a Dios cara a cara. Es seguro que la primera lección que el habitante de un mundo enfermo y moribundo debería aprender es que debe prepararse para encontrarse con su Dios.

¿Cuándo está usted preparado para encontrarse con Dios? ¡Nunca, hasta que sus iniquidades sean perdonadas y su pecado cubierto! ¡Nunca, hasta que su corazón sea renovado, y su voluntad sea enseñada a deleitarse en la voluntad de Dios! Usted tiene muchos pecados. Si asiste a la iglesia, se le enseña a su propia boca a confesar esto todos los Domingos. Nada más que

la sangre de Jesucristo puede limpiar esos pecados. Sólo la justicia de Cristo puede hacerlo aceptable a la vista de Dios. Meramente la fe, la sencilla fe infantil, puede darle un interés en Cristo y en Sus beneficios. ¿Quisiera saber si está preparado para encontrarse con Dios? Entonces, ¿dónde está su fe? Su corazón es naturalmente inadecuado para la compañía de Dios. Usted no posee un verdadero placer en hacer Su voluntad. El Espíritu Santo debe transformarlo según la Imagen de Cristo. Las cosas viejas deben pasar. Todas las cosas deben volverse nuevas. ¿Quisiera saber si está preparado para encontrarse con Dios? Entonces, ¿dónde está la gracia? ¿Dónde están las evidencias de su conversión y santificación?

Creo que esto, y nada menos que esto, es la preparación para encontrarse con Dios. El perdón del pecado y el encuentro de la presencia de Dios; la justificación por la fe y la santificación del corazón; la sangre de Cristo rociada sobre nosotros, y el Espíritu de Cristo habitando en nosotros; estos son los grandes elementos esenciales de la religión cristiana. Estas no son meras palabras y nombres para facilitar la controversia a los teólogos dados a las disputas. Estas son realidades sobrias, sólidas y sustanciales. Vivir en la posesión verdadera de estas cosas, en un mundo lleno de enfermedad y muerte, es el primer deber que me propuse señalarle a su alma.

(b) Otro deber primordial que la prevalencia de la enfermedad implica para usted, es el de vivir *habitualmente listo para soportarla con paciencia*. La enfermedad es, sin duda, una prueba para la carne y la sangre. Sentir que tenemos los nervios de punta y que nuestra fuerza natural ha menguado; estar obligados a sentarnos inmóviles y desconectarnos de todas nuestras ocupaciones habituales; ver nuestros planes interrumpidos y nuestros propósitos frustrados; soportar largas horas, y días, y noches de cansancio y dolor; todo esto es una intensa presión sobre la pobre naturaleza humana pecaminosa. ¡Qué maravilla si la enfermedad lanza fuera de nosotros el mal humor y la impaciencia! Ciertamente en un mundo tan moribundo como este deberíamos estudiar la paciencia.

¿Cómo aprenderemos a soportar la enfermedad con paciencia cuando nos llegue la enfermedad? Debemos acumular reservas de gracia en el momento de la salud; debemos buscar la influencia santificadora del Espíritu Santo sobre nuestros temperamentos y disposiciones rebeldes; debemos hacer de nuestras oraciones un asunto real, y regularmente pedir fuerzas para soportar la voluntad de Dios, así como para hacerla. Se debe tener tal fortaleza para pedir: “Si algo pidiereis en Mi Nombre, Yo lo haré” (Juan 14:14).

No puedo pensar que sea innecesario detenerse en este punto. Creo que las gracias pasivas⁸ del cristianismo reciben mucha menos atención de la que merecen. La mansedumbre, la benignidad, la templanza, la fe, la paciencia, se mencionan en la Palabra de Dios como frutos del Espíritu. Son gracias pasivas que glorifican especialmente a Dios. A menudo hacen pensar a los hombres que desprecian el lado activo del carácter cristiano. Nunca estas gracias brillan tanto como lo hacen en la habitación del enfermo. Permiten a muchas personas enfermas predicar un sermón silencioso que los que los rodean nunca olvidan. ¿Usted quisiera adornar la doctrina que profesa? ¿Quisiera hacer hermoso su cristianismo a los ojos de los demás? Entonces tome el consejo que le doy este día. Prepare una reserva de paciencia para el tiempo de la enfermedad. Entonces, aunque su enfermedad no sea para muerte, será para “la gloria de Dios” (Juan 11:4).

(c) Otro deber primordial que la prevalencia de la enfermedad conlleva para usted, es el de *la disposición habitual para estar atento de y ayudar a sus semejantes*. La enfermedad nunca está muy lejos de nosotros. Pocas son las familias que no tienen algún pariente enfermo; pocas son las parroquias donde no se

⁸ [N. del T.] Con ‘gracias pasivas’ se hace referencia a aquellas virtudes que tienen una función más receptora que dinámica en el carácter del cristiano. Por ejemplo, la paciencia (gracia pasiva) es un *soportar* sin descontento las aflicciones, mientras que la diligencia (gracia activa) es un *esfuerzo* constante que procura lograr lo que se emprende. En el uno las manos sostienen, en el otro las manos realizan.

encontrará a alguien enfermo. Pero donde hay enfermedad, hay un llamado al deber. Un poco de asistencia oportuna en algunos casos, una visita amable en otros, una consulta amistosa, una mera expresión de simpatía, puede hacer un gran bien. Este es el tipo de cosas que suavizan las asperezas, y unen a los hombres, y promueven los buenos sentimientos. Estas son formas por las cuales usted puede conducir en última instancia a los hombres a Cristo y salvar sus almas. Estas son buenas obras para las cuales todo cristiano profesante debería estar listo. En un mundo lleno de enfermedades y dolencias, debemos “[sobrellevar] los unos las cargas de los otros” y ser “benignos los unos con los otros” (Gálatas 6:2; Efesios 4:32).

Me atrevo a decir que estas cosas pueden parecer un poco pequeñas y triviales. ¡Deberíamos estar haciendo algo grandioso, imponente, impactante y heroico! Afirmo que la atención concienzuda a estos pequeños actos de bondad fraternal es una de las evidencias más claras de tener “la mente de Cristo”. Son actos en los cuales nuestro bendito Maestro mismo fue abundante. Él siempre “anduvo haciendo el bien” a los enfermos y afligidos (Hechos 10:38). Estos son actos a los cuales Él da gran importancia en ese pasaje tan solemne de la Escritura: la descripción del Juicio final. Él dice allí: “[estuve] enfermo, y me visitasteis” (Mateo 25:36).

¿Usted tiene algún deseo de probar la realidad de su caridad, esa bendita gracia de la que tantos hablan y tan

pocos practican? Si es así, tenga cuidado con el egoísmo insensible y el abandono de sus hermanos enfermos. Búsquelos. Asístalos si necesitan ayuda. Muestre su simpatía por ellos. Intente aligerar sus cargas. Sobre todo, esfuércese por hacer el bien a sus almas. Esto le hará bien a usted si no les sirve a ellos. Evitará que su corazón murmure. Puede ser una bendición para su propia alma. Creo firmemente que Dios nos está examinando y probando en cada caso de enfermedad a nuestro alcance. Al permitir el sufrimiento, Él prueba si los cristianos tienen alguna sensibilidad. Tenga cuidado, no sea que lo pesen en las balanzas y lo encuentren con carencias. Si usted puede vivir en un mundo enfermo y moribundo y no estar atento a los demás, todavía tiene mucho que aprender.

Dejo esta parte de mi tema aquí. Arrojo los puntos que he mencionado como sugerencias, y le pido a Dios que funcionen en muchas mentes. Repito que la preparación habitual para encontrarse con Dios, la disposición habitual para sufrir pacientemente, la voluntad habitual para simpatizar de todo corazón, son sencillos deberes que la enfermedad implica para todos. Son deberes al alcance de todos. Al mencionarlos no pido nada extravagante o irracional. No deseo que ningún hombre se retire a un monasterio e ignore los deberes de su trabajo. Sólo quiero que los hombres se den cuenta de que viven en un mundo enfermo y moribundo, y que vivan de forma acorde. Y digo

claramente que el hombre que vive la vida de fe, y santidad, y paciencia, y caridad, no sólo es el cristiano más verdadero, sino el hombre más sabio y sensato.

Y ahora concluyo todo con **cuatro palabras de aplicación práctica**. Anhele que el tema de este folleto se convierta en un material de uso espiritual. El deseo y la oración de mi corazón a Dios al colocarlo en este volumen es hacer bien a las almas.

(1) En primer lugar, ofrezco una *pregunta* a todos los que leen este documento, a los cuales, como embajador de Dios, les ruego que presten mucha atención. Es una pregunta que surge naturalmente del tema sobre el que he estado escribiendo; es una pregunta que concierne a todos, de cada rango, clase y condición. Le pregunto, ¿qué hará cuando esté enfermo?

Debe llegar el momento en que usted, al igual que los demás, deba descender por el oscuro valle de la sombra de muerte. La hora debe llegar cuando usted, como todos sus antepasados, deba enfermar y morir. El tiempo puede estar cerca o lejos. Sólo Dios lo sabe. Pero cuando sea el momento, vuelvo a preguntar, ¿qué va a hacer? ¿En dónde pretende buscar comodidad? ¿Dónde tiene la intención de darle reposo a su alma? ¿Sobre qué procura construir su esperanza? ¿De dónde va a buscar sus consuelos?

Le ruego que no deseché estas preguntas. Déjelas trabajar en su conciencia y no descanse hasta que pueda darles una respuesta satisfactoria. No juegue con ese precioso regalo: un alma inmortal. No posponga la consideración del asunto a una temporada más conveniente. No suponga que tendrá un arrepentimiento en el lecho de la muerte. Es seguro que el más grande de los negocios no debe dejarse para el final. Un ladrón moribundo se salvó para que los hombres no pierdan la esperanza, pero sólo uno para que ninguno se confíe en ello. Repito la pregunta. Estoy seguro de que merece una respuesta: «¿Qué hará cuando esté enfermo?».

Si usted fuera a vivir para siempre en este mundo, no me dirigiría a usted como lo hago. Pero no será así. No se puede escapar de la suerte común de toda la humanidad. Ningún cuerpo puede morir en nuestro lugar. Llegará el día cuando cada uno de nosotros deberá ir a su casa eterna. Yo quiero que usted esté preparado para ese día. El cuerpo al que usted le dedica ahora tanta atención; el cuerpo que ahora viste, alimenta y calienta con tanto cuidado; ese cuerpo debe regresar nuevamente al polvo. ¡Oh, piense en lo horrible que sería al final haber provisto para todo excepto para la única cosa necesaria: haber provisto para el cuerpo, pero haber descuidado el alma; de hecho, morir como

el cardenal Beaufort, y «no dar señales» de ser salvo!⁹ Una vez más insisto en mi pregunta sobre su conciencia: «¿Qué hará cuando esté enfermo?».

(2) En segundo lugar, ofrezco *consejo* a todos los que sienten que lo necesitan y están dispuestos a tomarlo; a todos los que sienten que aún no están preparados para encontrarse con Dios. Ese consejo es corto y simple. Familiarícese con el Señor Jesucristo sin demora. Arrepiéntase, conviértase, huya a Cristo y sea salvo.

O usted tiene un alma o no la tiene. Seguramente nunca negará que tiene una. Entonces, si tiene un alma, busque la salvación de esa alma. De todos los juegos de azar en el mundo, no hay ninguno tan imprudente como el del hombre que vive sin estar preparado para encontrarse con Dios, y sin embargo usted pospone el arrepentimiento. O usted tiene pecados o no tiene ninguno. Si los tiene (¿y quién se atreverá a negarlo?), póngale fin a esos pecados, deseche sus transgresiones y aléjese de ellas sin demora. O usted necesita un

⁹ [N. del T.] Hace referencia a la última escena de la vida del Cardenal Beaufort, en la segunda parte de la novela *Enrique VI* escrita por Shakespeare. Allí se narra que este hombre sobornó al Papa para ser cardenal, sólo buscaba sus propios intereses, y se llegó a aliar con otros para asesinar a su sobrino, Hunfredo Plantagenet, II duque de Gloucester, sólo porque deseaba el poder. No obstante, después de lograr el asesinato planeado, se llena de una fuerte culpa que lo lleva al lecho de muerte en medio de quejas y remordimientos; ‘la negra desesperación’. Al final el rey Enrique le pide que le dé alguna señal de si esperaba ir al cielo, pero no recibe como respuesta ningún gesto por parte de él. No es seguro que esto haya sucedido en verdad, siendo más factible que sólo tuviera propósitos novelísticos. Sin embargo, el punto solemne ilustrado se mantiene.

Salvador o no. Si lo necesita, huya al único Salvador este mismo día, y clame vigorosamente a Él para que salve su alma. Busque a Cristo de una vez; búsquelo por fe. Encomiende su alma a Su cuidado. Clame enérgicamente a Él por perdón y paz con Dios. Pídale que derrame el Espíritu Santo sobre usted, y le convierta en un verdadero cristiano. Él lo escuchará. No importa lo que usted haya sido, Él no rechazará su oración. Él ha dicho: “Al que a Mí viene, no lo echo fuera” (Juan 6:37).

Tenga cuidado, le ruego, de un cristianismo vago e indefinido. No se conforme con la esperanza general de que todo está bien porque pertenece a la antigua Iglesia de Inglaterra¹⁰, y que todo estará bien al final porque Dios es misericordioso. No descanse, no descanse sin la unión personal con Cristo mismo; no descanse, no descanse hasta que tenga el testimonio del Espíritu en su corazón, hasta que esté lavado, y santificado, y justificado, y sea uno con Cristo, y Cristo esté en usted. No descanse hasta que pueda decir con el apóstol: “Yo sé a Quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel Día” (2 Timoteo 1:12).

¹⁰ [N. del T.] A fin de ser aplicativos, piense en su contexto particular: el hecho de que usted pertenezca a la iglesia mayoritaria de un país o a una denominación antigua no significa nada en lo que respecta al estado verdadero de su alma. Muchos ingleses confiaban su esperanza salvífica a pertenecer a la Iglesia Oficial de su país, pero tal esperanza no tenía ninguno fundamento sólido en las Escrituras. ¿La suya lo tiene?

La religión vaga, imprecisa y confusa puede funcionar muy bien en tiempos de salud. Nunca lo hará en el día de la enfermedad. Una mera membresía eclesiástica formal y superficial puede sostener a un hombre durante el sol brillante de la juventud y la prosperidad; esto se derrumbará por completo cuando la muerte esté a la vista. Entonces nada servirá más que una verdadera unión del corazón con Cristo. Cristo intercediendo por nosotros a la diestra de Dios; Cristo conocido y creído como nuestro Sacerdote, nuestro Médico, nuestro Amigo; sólo Cristo puede despojar a la muerte de su aguijón y habilitarnos para enfrentar la enfermedad sin temor. Sólo Él puede librar a los que por el temor de la muerte están sujetos a servidumbre. Les digo a todos los que quieran consejo: conozcan a Cristo. Ya que siempre tendrá esperanza y consuelo cuando se encuentre enfermo de cama, conozca a Cristo, busque a Cristo, aprópiase de Cristo.

Lleve toda preocupación y angustia a Él cuando lo conozca. Él lo mantendrá y lo sostendrá a través de toda situación. Derrame su corazón delante de Él, cuando su conciencia esté cargada. Él es el verdadero Confesor. Sólo Él puede absolverlo y quitarle la carga. Diríjase a Él primero en el día de la enfermedad, como Marta y María. Siga mirándolo hasta el último aliento de su vida. Vale la pena conocer a Cristo. Cuanto más lo conozca, mejor lo amará. Entonces familiarícese con Jesucristo.

(3) En tercer lugar, exhorto a todos los cristianos verdaderos que leen este documento a que recuerden cuánto pueden glorificar a Dios en el momento de la enfermedad, y que *permanezcan tranquilos en la mano de Dios cuando estén enfermos*.

Pienso que es muy importante tocar este punto. Sé cuán pronto puede desmayar el corazón de los creyentes, y cuán ocupado está Satanás para sugerir dudas y cuestionamientos cuando el cuerpo de un cristiano está débil. He visto algo de la depresión y la melancolía que a veces viene sobre los hijos de Dios cuando de repente la enfermedad los coloca a un lado y se ven obligados a estar quietos. He señalado cuán propensas son algunas personas buenas a atormentarse con pensamientos nocivos en tales épocas, y decir en sus corazones: «Dios me ha abandonado: he sido expulsado de delante de Sus ojos».

Ruego sinceramente a todos los creyentes enfermos que recuerden que pueden honrar a Dios tanto por el sufrimiento paciente como pueden hacerlo por el trabajo activo. A menudo es una mayor muestra de gracia el quedarse quieto que el ir y el venir, y realizar grandes hazañas. Les suplico que recuerden que Cristo los cuida tanto cuando están enfermos como lo hace cuando están bien, y que la misma corrección que sienten tan agudamente se envía con amor, y no con ira.

Sobre todo, les suplico que recuerden la simpatía de Jesús por todos Sus miembros débiles. Ellos siempre son atendidos con ternura por Él, pero nunca tanto como en su momento de necesidad. Cristo ha tenido una gran experiencia con la enfermedad. Él conoce el corazón de un hombre enfermo. Él se ocupó usualmente de “toda enfermedad y toda dolencia”¹¹ cuando estaba en la tierra. Consideró especialmente a los enfermos en los días de Su carne. Él todavía se conmueve por ellos de forma especial. Pienso a menudo que la enfermedad y el sufrimiento, hacen a los creyentes más semejantes a su Señor en experiencia que la salud. “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó *nuestras* dolencias” (Isaías 53:3-4; Mateo 8:17). El Señor Jesús era un “varón de dolores, experimentado en quebranto”. Nadie tiene una oportunidad similar de aprender de la mente de un Salvador sufriente como los discípulos sufrientes.

(4) Concluyo con una palabra de *exhortación* para todos los creyentes, orando de todo corazón a Dios para que la imprima en sus almas. Les exhorto a que mantengan el hábito de una comunión cercana con Cristo, y que nunca tengan miedo de «ir demasiado lejos» en su religión. Recuerden esto si desean tener ‘gran paz’ en sus tiempos de enfermedad.

¹¹ [N. del T.] Mateo 4:23.

Observo con pesar la tendencia en algunos sectores a bajar el estándar del cristianismo práctico y denunciar lo que se llaman ‘puntos de vista extremos’ sobre la vida diaria de un cristiano. Observo con dolor que incluso las personas religiosas a veces mirarán con frialdad a aquellos que se retiran de la sociedad mundana, y los censurarán como ‘exclusivistas, de mente estrecha, intolerantes, poco caritativos, de espíritu agrio’, y de formas similares. Advierto a todos los creyentes en Cristo que leen este documento que tengan cuidado de ser influenciados por tales censuras. Les suplico, si quieren luz en el valle de la muerte, que “[se guarden] sin mancha del mundo”, que sigan al Señor plenamente, y que caminen muy cerca de Dios (Santiago 1:27; Números 14:24).

Creo que la falta de ‘minuciosidad’ sobre el cristianismo de muchas personas es el secreto de su poco contentamiento tanto en salud como en enfermedad. Creo que la religión de ‘mitad y mitad’, de ‘mantenerse en contacto con todos’, la cual satisface a muchos en la actualidad, es ofensiva para Dios y siembra espinas en almohadas moribundas, que cientos de personas nunca descubren hasta que es demasiado tarde. Creo que la debilidad y la flaqueza de tal religión nunca se manifiesta tanto como en el lecho de enfermedad.

Si usted y yo queremos un “fortísimo consuelo” en nuestro tiempo de necesidad, no debemos contentarnos con una escasa unión con Cristo (Hebreos 6:18). Debemos tratar de conocer algo de la *comuni3n* profunda y experimental con él. Nunca, nunca nos olvidemos que ‘un3n’ es una cosa y ‘comuni3n’ otra. Me temo que miles que saben lo que es ‘un3n’ con Cristo, no saben nada de la ‘comuni3n’.

Puede que llegue el día en que después de una larga lucha contra la enfermedad, sentiremos que la medicina no puede hacer más, y que no queda nada excepto morir. Los amigos estarán a nuestro lado, incapaces de ayudarnos. La audici3n, la vista, incluso el poder de la oraci3n, nos fallarán rápidamente. El mundo y sus sombras se estarán derritiendo bajo nuestros pies. La eternidad, con sus realidades, aparecerá ante nuestros pensamientos.   Qu   nos sostendr   en esa hora de prueba?   Qu   nos permitir   sentir: “No temer   mal alguno”? (Salmos 23:4). Nada, nada puede hacerlo sino una comuni3n cercana con Cristo. Cristo morando en nuestros corazones por la fe, Cristo poniendo Su brazo derecho alrededor de nuestro cuello¹², Cristo percibido

¹² [N. del T.] Literalmente la expresi3n es “poniendo Su brazo derecho debajo de nuestras cabezas”. No obstante, al menos en nuestro idioma, cobra más sentido la expresi3n tal cual fue traducida: es un gesto de cercanía y sincero afecto paternal el rodear el cuello de la otra persona con nuestro brazo y permitir que su cabeza se recueste sobre nuestro hombro para dar consuelo. Antropom3rficamente el predicador nos expresa así el consuelo amoroso del Dios de toda consolaci3n.

como estando sentado a nuestro lado; solamente Cristo puede darnos la victoria completa en la última lucha.

Unámonos a Cristo de forma más cercana, amémoslo más sinceramente, vivamos para Él más completamente, imitémosle más exactamente, confesémoslo más audazmente, sigámoslo más plenamente. Una religión como esta siempre traerá su propia recompensa. Las personas mundanas pueden reírse de eso. Los hermanos débiles pueden pensar que es extremo. Pero prevalecerá. Incluso al final de la vida nos traerá luz; en la enfermedad nos traerá paz; en el mundo venidero nos dará una corona de gloria que no se desvanecerá.

El tiempo es corto. La moda de este mundo se desvanece. Unas pocas enfermedades más, y todo habrá terminado. Unos cuantos funerales más, y nuestro propio funeral tendrá lugar. Unas pocas tormentas y sacudidas más, y estaremos a salvo en el puerto. Viajamos hacia un mundo donde no hay más enfermedades; donde la despedida, el dolor, el llanto y el duelo se terminan para siempre. El cielo se está llenando más cada año, y la tierra se vacía más. Los amigos que nos preceden se están volviendo más numerosos que los amigos que nos sobreviven. “Porque aún un poquito y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37). En Su presencia habrá plenitud de gozo. Cristo limpiará todas las lágrimas de

los ojos de Su pueblo. El último enemigo que será destruido es la muerte. Pero será destruido. La muerte misma morirá un día (Apocalipsis 20:14).

Mientras tanto, vivamos la vida en la fe del Hijo de Dios. Apoyemos todo nuestro peso en Cristo, y regocijémonos en el pensamiento de que Él vive para siempre.

Sí: ¡bendito sea Dios! Cristo vive, aunque debemos morir. Cristo vive, aunque amigos y familiares son llevados a la tumba. Vive quien abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad con el Evangelio. Vive quien dijo: “Oh muerte, Yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol” (Oseas 13:14, RVR60). Vive quien algún día cambiará nuestro cuerpo vil, y lo hará semejante a Su cuerpo glorioso. En la enfermedad y en la salud, en la vida y en la muerte, apoyémonos con confianza en Él. Ciertamente deberíamos decir a diario con uno de los antiguos: «¡Bendito sea Dios por Jesucristo!».

bēmatos

Esta es nuestra primera línea editorial. Su nombre es la transliteración al español de la palabra griega *βήματος*, la cual se encuentra en Nehemías 8:4 en la versión Septuaginta LXX (traducción al griego koiné del Antiguo Testamento), y la cual es traducida al español en la LBLA por la palabra “púlpito” [*“Y el escriba Esdras estaba sobre un **púlpito** de madera que habían hecho para ello...”*]. Esta línea editorial, por lo tanto, reunirá todos los sermones que traduzcamos.

Nuestro proyecto *POR FE Y PARA FE* comenzó siendo, de hecho, el deseo de reproducir principalmente sermones al español, pues, al fin y al cabo, agradó a Dios salvar y edificar a los creyentes por la locura de la predicación. Hemos visto una riqueza expositiva particular en algunos siervos del Señor del pasado la cual se encuentra vedada al entendimiento de hermanos de habla hispana que por las limitaciones del lenguaje no pueden acceder a ella. Creemos que tenemos mucho por aprender de ellos todavía, y estamos seguros que el Señor aún utiliza sus esfuerzos espirituales del pasado para edificación y salvación. Por lo tanto, *bēmatos* es nuestro interés de que Cristo siga siendo proclamado en nuestro tiempo y en nuestro idioma por la sabiduría, gracia y testimonio de Sus siervos en el pasado.

*“A Su debido tiempo [Dios] manifestó Su palabra
por la predicación” ~Tito 1:3*

Contenido

1. La enfermedad (*pág. 1*)

- i.** La prevalencia universal de la enfermedad y el dolor (*pág. 4*).
- ii.** Los beneficios generales que la enfermedad confiere a la humanidad (*pág. 12*).
- iii.** Los deberes especiales a los que nos llama la enfermedad (*pág. 19*).

2. bēmatos (*pág. 37*).

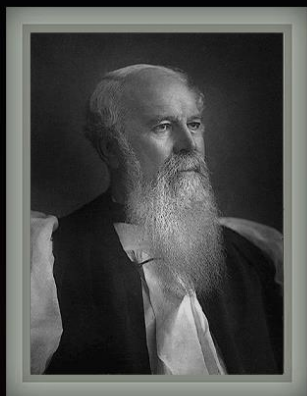
Hemos realizado una traducción íntegra, inalterada y lo más fielmente posible del presente texto, sin agregar, sustraer o cambiar algo de su contenido original. Aunque esto presupone cierta adhesión nuestra a la esencia de la posición del autor, no significa *necesariamente* que estemos, todas las veces, vinculados por completo con todas y cada una de las posiciones doctrinales del autor en general o con las aquí mencionadas por él. Nos reservamos el derecho de aclarar y argumentar cualquier diferencia nuestra.

Por fe y para fe ***Persistiendo en la Verdad aprendida en la Escritura***

El principal objetivo de este proyecto editorial es la gloria de Dios a través de la edificación de Su Iglesia y la salvación de los pecadores por medio de la divulgación de material de sana doctrina que pueda ser *"útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra"*. Nos esforzamos en hacer el trabajo más excelente que podamos de forma integral, pues reconocemos que en cada aspecto podemos y debemos glorificar a nuestro Dios.

Persistimos en la Verdad que hemos aprendido (por la gracia de Dios), sabiendo de Quién la hemos aprendido y a Quién hemos creído. Nuestro grito sigue siendo el grito antiguo: *¡Sola Scriptura, Sola Gratia, Solus Christus, Sola Fide, Soli Deo Gloria!*

JOHN CHARLES RYLE



John Charles Ryle, mejor conocido como J.C. Ryle, nació en Macclesfield, Inglaterra, el 10 de mayo de 1816. 21 años más tarde, en 1837, nacería de nuevo por la gracia y para la gloria de su Señor, a quien sirvió fielmente hasta el 10 de junio de 1900 cuando partió de esta tierra para estar con Cristo. A pesar de que todo apuntaba a una vida caracterizada por la opulencia y el poder, el Señor quiso cambiar el rumbo de su camino tras sufrir una terrible bancarrota familiar. Las consecuencias de este

suceso *“fueron amargas, profundamente dolorosas, y muy humillantes”*. Sin embargo Dios, quien usa el mal para bien en Sus hijos, le llamó al Ministerio en medio de esta situación.

El obispo J.C. Ryle, quien fue descrito como *“un hombre de granito con un corazón de niño”*, escribió más de 200 tratados evangélicos, además de muchos otros libros que proporcionaron una firme y profunda defensa de la Fe Reformada. El Evangelio fue central en el ejercicio de su llamado y en su predicación, la cual siempre se distinguió por una absoluta sencillez, precisión, equilibrio, integralidad y afecto.

No sólo murió con las botas puestas, tal cual era su deseo, sino que el Señor ha hecho perdurar sus labores de valor singular hasta nuestros días.

"Me atrevo a decir que talvez pocos hombres en el siglo XIX hicieron tanto por Dios, por la Verdad y por la justicia, entre la estirpe de habla inglesa y en el mundo, como Ryle".

-Richard Hobson

POR FE Y PARA FE (*bēmatos*)
Persistiendo en la Verdad aprendida en la Escritura